

SOPA DE LETRAS

(CONTINUACIÓN)

por el

Doctor RAMÓN DIAZ MORA

Perales del Puerto (Cáceres).

XV

USO INTERNO

«Carabote» es el mozo más animal del pueblo. Labraba una vez sus tierras y se le desgració un borrico de la yunta. Emparejóse con el otro y aquel día hizo su jornada con un ahorro de media hora de tiempo. Esto le retrata suficientemente.

He «tropezado» profesionalmente con él dos veces. Fué la primera cuando se me presentó con un carrillo hinchado para que le practicase la extracción de una muela. Cumplí su deseo como Dios me dió a entender—porque el angelito exhalaba un «foetor ex ore» que repelía—; le puse en la mano un enorme vaso de agua con una solución fenicada y me dispuse a lavarme.

No me dió tiempo.

—Que usted lo pase bien—se despidió.

—Pero, hombre, ten sosiego; hazlo con tranquilidad—le dije yo.

—Pamplinas de señuritos llamo yo a eso, señor médico. A vel si yo, que me echo al coletto medio cántaro de una sentá, diba a reparal en beber un vaso de a cuartillo, manque amargara más que los basilios...

Simpatiquísimo «Carabote», que en vez de enjuagar-se la boca (¿dónde se vió cosa semejante?), estimaba que el contenido líquido de los vasos tenía su destino natural en el estómago.

La segunda vez fué cuando cayó con aquella pulmonía que le mantuvo en equilibrio inestable entre éste y el otro mundo.

La cuidada de su mujer atendió bien mis indica-

ciones: este jarabe, para que lo tome a cucharadas; esta untura—tintura de iodo con crotón—para que se la apliques donde tiene la «puntá».

«Carabote» quiso examinar las medicinas, no fuese a equivocarse su mujer, a la que, pasmémomos, consideraba ignorante.

Y como viese que el jarabe era espeso y pegajoso y lo del otro frasco era más fluido, concluyó que el primero era para untarse y el segundo para tomar a cucharadas. Y así lo hizo.

El olor me denunció lo acaecido cuando le visité al día siguiente. Comprobé que la camisa, única prenda que le cubría el pecho, estaba azucarada (¡oh, tiempos aquéllos!) y tiesa.

—¿Qué has hecho?—pregunté, alarmado.

—Lo que usted mandó.

—¡Si has tomado las cucharadas de iodo!

—¡Toma, que no! Con las tres pesetazas que me ha llevao el boticario.

Sali precipitadamente, y en la puerta de la calle le dije a su mujer:

—Llama en seguida al carpintero y que se vaya preparando para hacerle la caja a tu marido.

* * *

La enfermedad hizo crisis a los pocos días. Y por ahí anda «Carabote», tan orondo como siempre y más zoquete que antes. Yo garantizo la probidad del farmacéutico que despachó la unción con una dosis de crotón capaz de matar a un elefante.

A «Carabote» ni le sirvió de purga.